

30340454

ARCHIVIO SALESIANO
CENTRALE



EL VENERADO

Sacerdote Don Pablo Albera

RECTOR MAYOR DE LOS SALESIANOS

El buen Padre murió en Turín el 29 de octubre de 1921, a las 5.15 de la mañana.
«JUVENTUD» y el Colegio Pío, que tanto amó, le piden que desde el
cielo los bendiga.

El Padre Albera

FUÉ una prolongación de la vida de Don Bosco. Y como Don Bosco, fué « el hombre de la piedad », un prudentísimo « asceta salesiano ».

La piedad fué el marco de su vida, las alas de su caridad, los brazos de sus obras, el alma de su pensamiento.

Pequeño en estatura, parco en palabras, sobrio en el gesto, pero grande en obras. Su nota característica era la sencillez y la compostura; su trato delicadísimo era una continua lección de buen ejemplo.

Nació en None (Turín) el año 1845, y Don Bosco le recibió en el Oratorio en 1858. Niño aún, parecía un hombre por su juicio y vida edificante. Don Bosco depositó su confianza en aquel joven, del cual se podía afirmar: *Sotto biondi capei, canuta mente.*

De talento fuerte, de inteligencia clarísima, laureado en la Universidad de Turín a los 20 años, era uno de aquellos discípulos de Don Bosco que habían pesado bien este pensamiento: La ciencia engrandece al hombre; la virtud le diviniza.

Recién ordenado sacerdote, oyó decir a Don Bosco: « Tú serás *mi segundo* ».

Fué hecho Director en 1871. Diez años después, fué Director en Marsella, y luego Inspector de las casas salesianas de Francia. Allí los admiradores de la Obra Salesiana empezaron a llamarlo *el Pequeño Don Bosco*, nombre que el mundo ha confirmado y sus obras demostrado.

En 1892 fué nombrado Catequista general de la Sociedad Salesiana; desde 1900 a 1903 visitó las Casas Salesianas de América, como representante de Don Rúa.

Elegido Rector Mayor en 1910, visitó desde 1911 a 1915 las Casas Salesianas de Europa.

En 1918 celebró sus Bodas de Oro Sacerdotales.

Su cuerpo descansa junto al de Don Rúa, en la misma tumba erigida a Don Bosco en Valsálce.

Don Albera fué un hombre extraordinario por su virtud, por su cargo, por sus obras, de las cuales ha ido a dar cuenta a aquel Señor que dijo: « El que, por mi nombre, abandonare familia y hacienda, — recibirá el ciento por uno y poseerá la vida eterna ! »



El Padre Albera

† El Padre Pablo Albera, Rector Mayor de los Salesianos, nació en None (Italia) el 16 de junio de 1845. Voló al cielo desde Turín, el 29 de octubre de 1921.

LA Historia no es sólo el anaquel de los defectos de la humanidad: es también álbum de los espíritus más nobles y de los corazones más buenos.

Por eso los bienhechores de la humanidad, por eso los hombres « molde », los hombres simbolo, deben ocupar puesto distinguido en la Historia Universal.

Uno de esos hombres raros es el Padre Albera.

No fué ni un gran sabio, ni un gran político, ni un guerrero; no fué ninguna máquina ruidosa. « Los hombres son ríos, dijeron los escitas: tienen comúnmente más fondo los que mayor sosiego, y llevan más agua los que menos ruido ».

El Padre Albera, humilde religioso, fué señor de sí y lo fué de los demás.

El verdadero historiador que debe ser abeja y no mosca selecciona estas fragancias del jardín de la vida y las ofrece como alimento, estímulo y enseñanza.

Hombres como el Padre Albera son alimento, enseñanza y estímulo de las almas, porque son un resumen y cifra de las necesidades de su época.

Nuestra época tiene necesidad

de caridad,
de instrucción religiosa,
de apóstoles,
de corazones,
de señorío de almas
y de Dios.

El Padre Albera dió todo esto al pueblo por medio de sus Salesianos, de las Hijas de María Auxiliadora y de los Cooperadores Salesianos.

Y no lo dió sólo por mano ajena; lo dió por su propia mano. Porque fué un discípulo de Don Bosco, ese gran hombre que abrió una era nueva en la educación.

Porque fué un imitador perfecto de Jesucristo, el transformador, el endiosador.

Porque él mismo fué un bienhechor directo de la humanidad. No se moraliza con palabras solas, dice Bacón; y él moralizó, porque antepuso el ejemplo a la palabra.

Con hombres como el Padre Albera, dados por entero a sus semejantes, «anonadados» (según la gigantesca síntesis de San Pablo), anonadados para hacer el bien, — tiene algo más que hediondez el jardín de la vida.

Sal de la tierra, los llamó Jesucristo; luz del mundo.

Donde alcanza la acción de esa sal, consérvanse las buenas costumbres; donde brilla esa luz, alégrase el mundo, porque la luz es vida y alegría.

Cuando Dios los llama, sentimos que falta «algo» en el mundo, como en una máquina una parte principal; miramos en torno nuestro con el corazón oprimido, con miedo y amargura en el alma; sentimos que hay menos luz en el mundo, y que falta en las costumbres un grano de la sal conservadora que el divino médico va arrojando por los distintos senderos.

Y este gran hombre, a cuya muerte se ha conmovido el mundo, es el triunfo del pueblo, pues era pobre: era *un hijo del pueblo* que subió a uno de los puestos más altos del mundo; es decir, a Superior General de una de las Congregaciones más difundidas.

Hombre pobre, él fué hecho por Dios del mismo «barro rojo» que tú, según la expresión de la Biblia.

Si subió a los puestos más altos de la tierra, fué por su propio mérito.

Si en su cratera bebieron los hombres más encumbrados, como si fuesen sus iguales, fué porque la trabajó heroicamente perfeccionándola con firme voluntad de hombre libre; fué porque «tuvo miedo a lo fácil.»

Su alto puesto le exigía muchos sacrificios para hacer bien a los hombres sus hermanos, hechos del mismo barro.

Y fué para ellos «José», salvador.

El obrero y los hijos del obrero estaban representados en su imaginación por Laocoonte y sus hijos, estrujados por las serpientes de la irreligión y del egoísmo.

Y el Padre Albera, discípulo de Don Bosco, les dió religión y amor, les dió a Dios y con Dios les dió la vida, pues — según afirma San Agustín — el hombre no puede vivir sin Dios.

Ahora el Padre Albera se ha ido.

Después de las luchas diarias por su propio perfeccionamiento, ha hallado la paz; después de darse él todo a Dios y a sus hermanos, Dios se le ha dado a él como recompensa infinita: ha hallado a Dios que es el fin de todas las vidas, el término de todos los caminos, la verdadera vida. . .

Y nosotros miramos en derredor buscando el nuevo guía, el nuevo padre, que — a semejanza de Don Bosco y de Don Rúa — siga dándonos

caridad,
instrucción religiosa,
apóstoles,
corazones,
señorío de almas;

que siga dándonos a Dios, sin el cual no podemos vivir.

Ramón Montero y Brown,
Pbro.

Sauce de O. Chico—Est. Zapicán, noviembre 13 - 1921

Sr. Director de «Juventud» Pbro. Ramón Montero y Brown.

Estimado Padre y amigo:

QUIERO testimoniar por medio de lo presente a Ud. y demás beneméritos PP. Salesianos, mis sentidas y cristianas condolencias, con motivo de vuestra irreparable pérdida, la muerte de vuestro Padre Superior *Pablo Albera*. El extinto fué un esforzado e infatigable luchador, por la defensa y propagación de los principios cristianos, cuyas obras y apostolado se han hecho admirar y sentir en todo el universo. No hay duda al guna, que el dolor de su alejamiento definitivo de este mundo, habrá traspuesto las fronteras de su Patria gloriosa, sentando sus impresiones en los corazones de sus innumerables hijos en el Señor, — repercutiendo en la distintas esferas del mundo, como un eco lúgubre de dolor y de admiración, la triste nue va de su muerte! — Digno sucesor de aquellos santos sacerdotes, D. Bosco y D. Rúa, tenía que írsenos este buen Padre, que fuera todo bondad, todo trabajo tesonero y promisor, todo sacrificio y santidad. Vivió sus días siempre inspirado es

la Ley de Dios, propagando en todas partes y en todas formas las salvadoras esperanzas del Evangelio; sufriendo y esperando en santa humildad cristiana, fuerte como un roble secular, resistiendo valerosamente al vendaval de la impudicia de los fanáticos del mundo. Vió llegar la hora crepuscular de su vida, toda virtud y apostolado, cuando ya el renunciamento de los moribundos le ganaba el magnífico premio del elogio espontáneo y clamoroso; — ¡hora dichosa y postrera en que su buen Dios a quien tanto amó y sirvió en su juventud, en su madurez, en su ancianidad fecunda, le daba el premio anhelado de la gloria eterna!

A mí que me cupo en suerte, la dicha de haber recibido educación en Colegios Salesianos, quedo plenamente admirado de sus alentadores y buenos resultados como escuela moral insustituible, de su bien encaminada organización y funcionamiento interior: todo lo cual me place manifestar.

Los Colegios, asilos de huérfanos, talleres de artes y oficios, etc., que posee la Congregación Salesiana, en Francia, Italia, España, Buenos Aires, E.E. UU. de N. América, etc., etc., en las regiones más aisladas de los centros de la civilización, como ser en la exótica China, en el cálido Congo, en Punta Arenas, en los salváticos Chaco Paraguayo y Matto Grosso, etc. etc; hablan más sintética y elocuentemente de incomparable excelencia y de su insustituibilidad por la escuela laica.

Hacen mal, los que movidos por un odio desenfrenado y sectario o tocados por fines de política, motejan y atacan vilmente a esta, tan buena clase de escuela; poniéndola ante el concepto popular, en descrédito e involucrándola en un manto de sombras de canallesca ejerción de inmoralidades y crímenes. — ¿Puede concebirse tanta falsedad?

¿Atacar una escuela tan ventajosamente conocida y justipreciada por los hijos del pueblo, con las armas de la calumnia y la difamación, sin otra causal que el odio?

Sin decir más de la muerte de este insigne sucesor del V. Don Bosco, sólo me resta ofrendar a su alma mis expiatorias oraciones, deponiendo ante su tumba de luchador estoico y de apóstol de Cristo las siemprevivas de mi admiración y de mi gratitud, a la par que me asocio a la congoja infinita que en estos momentos embarga el corazón de todo buen Salesiano, de todo buen hijo del V. Don Bosco, todo exalumno de esta escuela.

Muy atte., su amigo affmo.

Rudecindo Cajarville (hijo)

Exalumno del Colegio Pío.

Nuestro Padre ha muerto

Los diarios y revistas principales han hablado de la muerte del Padre Álbera.

Han publicado completas y extensas biografías; han dado pormenores de su muerte; han dicho que sus funerales, su entierro, fueron un triunfo grandioso, un glorificación nunca vista. Han dicho del Padre Álbera todo lo que se puede decir de un gran hombre, de un grande bienhechor de la humanidad.

Nosotros vamos a repetir que ha muerto nuestro Padre.

Le vimos en el Colegio Pío, le admiramos, le amamos. Nos acercábamos a él con un profundo respeto cariñoso, como quien se acerca a una cosa sagrada.

El nos amó, como amaba a todos.

Acaso amó a los uruguayos, al Colegio Pío, con un poco de preferencia; porque en el Colegio Pío habrá trabajado tanto por la gloria de Dios y salvación de las almas su grande y amado discípulo Monseñor Lasagna.

Ahora, con el corazón apenado, decimos: Nuestro Padre ha muerto.

¡Oh, si las personas amadas viviesen hasta que necesitásemos de uno que nos haga bien!

El murió acaso pensando en el Uruguay. «Juventud» que lo visitaba todos los meses le recordaba las personas, estos sitios, que él conoció. Una de sus últimas grandes alegrías se la proporcionaron los estudiantes uruguayos que fueron a Foglizzo a completar sus estudios sacerdotales: los recibió en el Santuario de María Auxiliadora de Turín como quien recibe una bendición de Dios, los recibió sonriendo con aquella su sonrisa paternal; los abrazó, los bendijo, habló con ellos del Uruguay.

Poco después empiezan a llegarle las noticias tristes: muere el Padre Aime, muere Mons. Marengo, muere Monseñor Costamagna. Y el venerando anciano, al ver que desaparecían aquellos tan queridos hijos, se lo pasaba llorando. Hasta que el 29 de octubre de 1921, una hora después de haberse levantado para celebrar la Santa Misa, el ángel del Señor entró para siempre aquel corazón inmensamente cariñoso.

Queridos niños, el Padre Álbera conocía personalmente, íntimamente vuestro Colegio Pío, según lo demuestra en la admirable *Biografía* que escribió de Monseñor Lasagna. Y para vosotros expresamente, para todos los alumnos del Colegio Pío, escribió el 4 de setiembre de 1918 estas palabras que transcribo para que conozcáis su gran corazón:

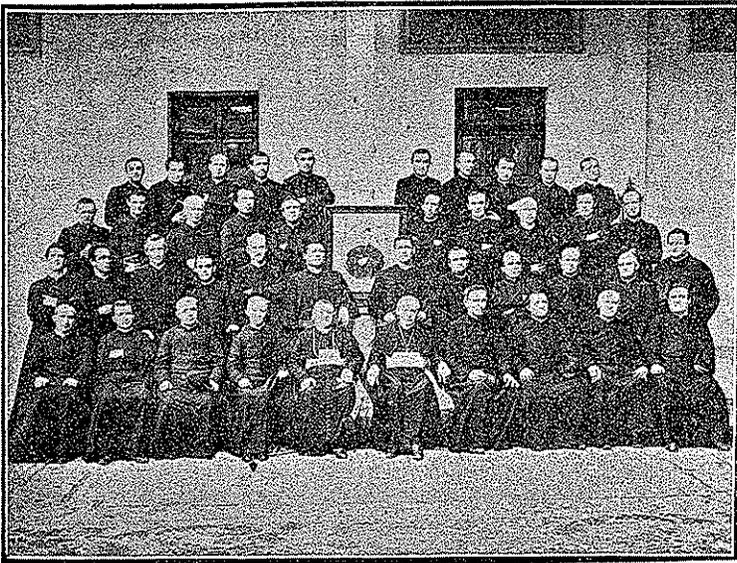
« Pocas palabras os digo, mis buenos hermanos y niños queridos; digo que os quiero mucho en el Señor, os quiero como Don Bosco Venerable quería a los niños y a los salesianos; los quería con un amor muy grande, con un amor que lo llevaba a sacrificarse a sí mismo para instruirlos, educarlos, salvar su alma y asegurar su temporal y eterna dicha.

Tal es, niños míos, la misión que a sus hijos dejara el Venerable amorosísimo Padre, y que cumplen con el mayor celo hacia vosotros y la juventud toda, que les confía la Divina Providencia, vuestros amados superiores y maestros. Sed dóciles, prestad oído a sus sabias enseñanzas. Luego se despojará el cielo

de vuestra inteligencia, vuestro corazón recibirá gustoso el néctar suavísimo de la virtud ; con ésta hermanada la ciencia, poseeréis un tesoro inestimable que os hará grandes ante Dios y los hombres. »

Ese Padre, que tanto afecto os manifestó, ha muerto.

¡ Oh ! ¡ cuántos podrán repetir las palabras enternecedoras que, con ocasión de sus Bodas de Oro sacerdotales, pronunció en 1918 un Obispo, discípulo suyo :



EL PADRE ALBERA en medio de los Inspectores y Directores de las Casas Salesianas del Brasil, Argentina y Uruguay. El Padre Albera es el indicado por una cruciceta, a la derecha de Mons. Cagliero (hoy Cardenal).

RECUERDO DE LA VISITA DEL PADRE ALBERA A LOS SALESIANOS
DE AMERICA

« Padre Albera amadísimo, ... mi segundo ángel del cielo en la aurora y mi segundo ángel en el ocaso... ¿ qué obsequio te podré ofrecer ?

Mi obsequio es sencillo : mi propio corazón sacerdotal... Tú escuchaste sus primeros latidos ; recoge los últimos.

Me atrevo a decir que he amado lo que amas tú, que me he esforzado en no dejar secarse la buena semilla que en mi alma depositaste : los niños, en medio de los cuales pasé a tu lado mis mejores años, han sido siempre mi cariño ; las almas, mi pensamiento dominante.

María Auxiliadora te pague el bien que me has hecho ! »

R. M. y B.